

ENRIQUE BADOSA O LA LUZ ENCERRADA EN LA SOMBRA

Tuve la idea o, mejor dicho, la necesidad de esta antología ante la magnitud y dispersión de la obra del poeta y amigo, que el 16 de marzo de este año 2007 cumplió ochenta años, como un preámbulo a una obra completa que alguien más joven que yo tendrá que plantearse un día. Se trata de una obra poética en muchas direcciones, pero que no sería, creo, un exceso de esquematismo reducir a tres sus fuentes de inspiración: los viajes, la introspección y el sarcasmo. Los libros que proceden del sarcasmo —*Dad este escrito a las llamas*, por ejemplo— son autónomos, en ellos la inspiración es prácticamente exclusiva. Esta práctica exclusividad se da también en los libros inspirados en la pura introspección —*Marco Aurelio, 14* o *Ya cada día es más noche*—, mientras que en los libros inspirados en viajes, escritos siempre en clave de viaje a la vez exterior e interior —*Mapa de Grecia* es el más conocido—, se mezclan la observación, siempre brillante y culta, con la introspección profunda y silenciosa.

La antología ha sido realizada en dos niveles: en el primero, yo elegí los poemas según mi estricto y placentero criterio. En el segundo, el autor completó mi selección con los poemas que él deseaba que figurasen en este libro. O sea que estamos ante una antología personal de Enrique Badosa realizada por él mismo y dentro de la cual está la antología que de este poeta hace Joan Margarit.

La poesía badosiana es un biombo luminoso y traslúcido a través del cual se adivina un mundo de sombras, una soledad que busca la paz en el horror del propio conocimiento. Reconoce la propia vida como un largo desdoblamiento del pecado original, como la consecuencia dramática del pasado. Es una poesía que niega el tiempo en el sentido de olvido y que prolonga el estallido de una vida en unas condiciones siempre difíciles, por ejemplo de guerra, orfandades, abandono, asco. La prolonga hasta la propia muerte sin otra posibilidad que la de viajar a la frialdad final llevando a la espalda este biombo luminoso que oculta parcialmente el pasado. El pasado siempre oscuro, convertido en una entrañable sombra chinesca, en esta larga expiación para llegar a ser alguien individualizado a quien quizá se le permita tener —y salvar— un alma.

Es una poesía que ignora la compasión, no por desprecio sino por humildad, por no interrumpir la larga espera, que se intenta digna y lúcida, de la llegada de una muerte a la vez terrible y maravillosa. Nada de lo real que sustenta esta poesía será nunca conocido por el lector que se acerque a ella, porque este conocimiento destruiría el poema. Porque el poema se sustenta en el anonimato de su voz como si se tratase de la voz de un coro en la que está

subsumida la voz individual del poeta.

Los poemas de Badosa, rodeados de silencio, son como el rumor de los pasos de un huésped en el pasillo del hotel: si abrimos nuestra puerta, sólo alcanzamos a ver la sombra de alguien que ya ha doblado la esquina del corredor. Es una poesía en la que habla una conciencia, de ahí su fragilidad que, a la vez, es su fuerza. Una poesía que emplea obsesivamente los recursos retóricos, pero no al servicio de la dialéctica sino en el reconocimiento de la culpa y en la búsqueda de la expiación. Una poesía al servicio de un mito crecido en la poderosa amalgama de fe y soledad de su autor. Una poesía sin otro objetivo que una luz a la que todo punto de partida humano, desde los que se hallan en lo más oscuro del sexo, debe dirigir sus posibilidades de existencia. La luz como problemático final del horror y de la noche: esta es la estructura de los mejores poemas de Badosa. Y la luz es la forma impecable, buscada tantas veces a través del soneto. El horror y la noche encerrados dentro de esta luz. Un sótano cruel que hace imposible la salvación sin ayuda exterior. Poemas que ocultan con esa imprescindible —e impecable— retórica la oscuridad biográfica. Badosa es un caso extremo de este ocultamiento, paralelo a como su poesía trata de encubrir el fondo terrible del que procede ella misma.

Para Badosa, la poesía no es la mejor manera para acercarse a lo horroroso, sino la mejor manera de poder prescindir del horror como si lo hubiésemos dejado atrás, en el más puro sentido católico de la redención. Una manera de alcanzar dignamente esta etapa final de la salvación cristiana que es la muerte. Y, sin embargo, junto a este sentimiento trágico de la trascendencia están todos los poemas, rebosantes de luz y sensualidad, de los viajes, como si el poeta buscara un equilibrio aún más perfecto dentro de su equilibrada poética.

En lugar de la sustitución de la religión por el arte, Badosa pertenece a la corriente que toma el arte, la poesía en su caso, como un elemento de aproximación a la trascendencia poniéndolo al servicio del hecho religioso, algo que también intentaron otros poetas de su generación como Vinyoli. Esto los sitúa en las antípodas de los llamados “poetas de los 50” a los que generacionalmente pertenecen ambos, pero de los que les separa profundamente su concepción de la vida y de la poesía. Quizá todos nuestros misterios no sean más que una expresión de nuestros orígenes, puesto que los rasgos fundamentales que fijarán nuestras actitudes vitales se forman en los primeros años y, seguramente, las condiciones familiares que nos rodean en esa época están llenas de sutilezas que modelarán de forma rotunda nuestro devenir de personas “libres”. Nuestro concepto del arte. Nuestro miedo, en suma.

Badosa es un poeta que, cuando se valoren suficientemente libros como, pongamos por caso, *Marco Aurelio, 14* o *Ya cada día es más noche*, muchos lectores sentirán la necesidad de

acercarse a su biografía, este género al que con tanta parquedad y mala pata se ha dedicado este país (no deja de ser un síntoma más de nuestro odio hacia nosotros mismos, como si aquella terrible pintura negra de Goya, los dos personajes dándose garrotazos, fuese nuestro espejo). Para entender la biografía de los poetas es importante ante todo recordar que la poesía es el único arte que no ha podido ser convertido en objeto de mercado, el único a cuyo alrededor gira una cantidad despreciable de dinero. Quizá por esto el empeño en cercarla con dos de los más falaces anillos de hierro de la ignorancia: el de su pretendido aburrimiento y el de su pretendida dificultad de acceso. Pero, volviendo a lo que nos ocupa, poco es lo que aquí puedo aportarle a este biógrafo futuro. Conozco a Enrique Badosa desde hace unos treinta años. Creo que he leído y comentado con él casi todos sus libros de poemas desde *Mapa de Grecia* antes de ser publicados, y él ha hecho lo mismo con la práctica totalidad de los míos. Nos vemos y casi siempre almorzamos juntos con la periodicidad que marca nuestra amistad, muchas veces completando el trío con Joaquín Marco. Son incontables las horas que hemos pasado conversando, sobre todo de poesía, religión y filosofía. Puedo describir su piso de hombre solo en la ya poética dirección del título de uno de sus mejores libros. Conozco la perfección de su vasta labor como ensayista y como traductor de poetas clásicos catalanes al castellano y, sobre todo, su versión de todas las Odas y Epodos de Horacio, un obsequio de enorme magnitud que Badosa ha hecho, además de sus propios poemas, a la lengua castellana. Pero sé muy poco de su pasado, de su infancia y juventud, antes de convertirse en este solitario exquisitamente educado, con una cultura humanística que es cada vez más excepcional, con muchas y misteriosas historias de amor formando parte de una intensa vida intelectual, sentimental y sensual que nunca lo ha desviado ni un milímetro de la trascendencia de su fe católica. Poco sé acerca de dónde surge el Enrique Badosa poeta, y lo poco que sé el amigo me ha pedido que no lo cuente. De momento, ha de bastar con los poemas. Que no es poco.